

Nueva York

A las olas espumosas y turbulentas del océano sucedieron aguas apacibles y dormidas como las de un río; el vapor aumentó la velocidad de su marcha como un corcel que después de un largo viaje vuelve a sentir el olor de sus antiguas praderas y el murmullo de sus corrientes frecuentadas. El mal tiempo nos había causado una demora de dos días y estábamos impacientes por llegar al término de nuestra navegación. Así, la primera vista de tierra nos causó una impresión de alegría imposible de expresar, que nos recompensaba en parte las zozobras de una travesía iniciada bajo tan malos auspicios en la estación más peligrosa.

Una línea de faros, que parecía interminable, se descubrió hacia la parte occidental, y fue bien pronto acompañada por otra en el lado opuesto; de modo que nuestro *steamer* blanco navegando a la luz de una luna magnífica debía parecer en ese momento un cisne bañándose en un lago encantado sobre cuyas márgenes resplandeciese una guirnalda de estrellas de colores.

A uno y otro lado apareció enseguida la tierra poco elevada sobre el nivel de las aguas y cuya vegetación le daba un color oscuro al través de la atmósfera crepuscular que la envolvía. Varias islas separadas por canales angostos, vestidas de árboles y poco elevadas sobre el mar se sucedían a nuestra vista, estrechando cada vez más el espacio sobre cuya mansa superficie se dilataba la huella de espuma del “Star of the West” y como yo no podía contemplar sino el conjunto de la pintoresca escena sin percibir ninguno de sus detalles, me hacía a veces la ilusión de estar entrando de nuevo en la embocadura del río Guayaquil.

No sé si sucedería a los otros pasajeros lo que a mí; pero sentía un gozo tan profundo a la vista de las bellezas que ponían término a la monotonía de ese largo viaje que no pude dormir un minuto en toda aquella noche ni apartar mis miradas de la escena que me rodeaba.

A la primera luz del día pude distinguir las márgenes deliciosamente pintorescas que encierran la vasta bahía casi circular en cuyo fondo se levantaba como una gran iluminación Nueva York, “LA CIUDAD IMPERIO”, como la llaman los norteamericanos. En esas márgenes y como si surgiesen del seno de las aguas, una multitud de casas risueñas y elegantes distribuidas en diversos grupos dibujaban sus perfiles blancos sobre el fondo oscuro de la tierra verde que se extiende a su espalda. La dilatada superficie de la bahía se presentaba esmaltada por las velas de los buques y por los cascos blancos de una muchedumbre de vapores semejante a una lámina azulada llena de pequeños relieves de plata. De vez en cuando la masa pesada y regular de un fuerte elevaba su corona de cañones desde el seno de un islote o desde un extremo saliente de la costa, a la distancia se veía extenderse en torno de la ciudad la triple cintura de mástiles que forman las mil embarcaciones que la rodean. Era un panorama.

Algunos minutos después fondeábamos junto al muelle de la línea de vapores a que pertenece el “Star of the West”, me encontraba en los Estados Unidos a los 38 días de mi salida del Callao, después de recorrer un espacio de 4 000 millas.

Para el viajero que viene de la América del Sur la ciudad de Nueva York es magnífica. No se puede ver sus edificios cubiertos de granito y de mármol y sus monumentos de arquitectura egipcia, griega, gótica y moderna sin sentir que semejante ciudad debe contener una vasta acumulación de riquezas. Ella es, en efecto, el emporio de los Estados Unidos y acaso la segunda ciudad comercial de la tierra. La isla sobre la cual está construida se encuentra situada entre dos ríos en cuyas márgenes opuestas se elevan poblaciones considerables; y como Nueva York está unida por líneas de ferrocarriles y de vapores a Brooklyn-Nueva Jersey, Hoboken entre otras; todas éstas se pueden considerar como una sola y gigantesca ciudad en la que circulan dos millones de habitantes.

La pequeña extensión y la pobreza del terreno de la isla ponen en evidencia una circunstancia digna de atención, y es que Nueva York debe su conservación y su acrecimiento continuo a la posición que ocupa en la costa del Atlántico y a las condiciones favorables al comercio que se encuentran en ella. Circunstancia realmente digna de atención, en cuanto manifiesta el espíritu de nuestra época y la superioridad de la influencia pacífica de la civilización respecto de la eficacia de las conquistas. Compárese, por ejemplo, a Alejandría, cuya posición en la boca del Nilo ofrece varios puntos de semejanza con la de Nueva York y saltará a la

vista la exactitud de aquella observación. En más de dos mil años la primera ciudad, a pesar de haber sido fundada por un conquistador como Alejandro, el más poderoso e ilustrado de su época, y de dominar la entrada del único río que atraviesa todo el fértil y rico territorio del alto y bajo Egipto, no puede compararse en importancia con la segunda. Y nótese que aquélla está edificada sobre la costa de un mar mediterráneo; circunstancia en extremo ventajosa y que en diversas épocas ha producido la prosperidad y la riqueza de todos los pueblos que se extienden desde Gibraltar hasta los Dardanelos. Basta recordar los nombres de Tiro, Cartago y Venecia como poblaciones industriales y mercantiles para acabar de ver la posición de Alejandría en toda su importancia.

La duración y el desenvolvimiento parecen cualidades confinadas exclusivamente a las obras del progreso pacífico; las creaciones de la fuerza, a no fundarse en aquella base, llevan el sello de la esterilidad y la decadencia. Si se quiere el más elocuente ejemplo recuérdese las admirables páginas en que Chateaubriand compara la obra de Washington a la de Napoleón.

Buscad los bosques ignorados donde brilló la espada de Washington: ¿qué hallaréis allí? ¿Sepulcros? ¡No, un mundo! Washington ha dejado los Estados Unidos por trofeo en su campo de batalla [...] Cada uno es recompensado según sus obras. Washington eleva una nación a la independencia: magistrado retirado, llega tranquilamente al último sueño bajo su techo paterno, en medio de la aflicción de sus compatriotas y de la veneración de todos los pueblos [...] La república de Washington subsiste: el imperio de Bonaparte está destruido²¹ [...] El nombre de Washington se esparcirá con la libertad de una edad en otra, señalando el principio de una nueva era para el género humano. El nombre de Bonaparte será repetido también por las generaciones futuras, pero no le acompañará ninguna bendición y servirá a menudo de autoridad a los opresores grandes o pequeños.

Yo desearía poder inculcar en la mente de los políticos del Perú esta gran verdad que constituye una parte del espíritu de la época: toda nación que no funda sus condiciones de vida y poder en la industria se condena irremisiblemente a ser anulada y absorbida por las otras. No sólo la guerra civil, pero la simple ausencia de leyes y de acción gubernativa bastante eficaces para abrir al desenvolvimiento de esos dos poderosos motores el mayor espacio posible bastan para producir la decadencia y la pérdida de una nacionalidad. Sin industria la produc-

²¹ El imperio de Napoleón I no existe en realidad, aunque hoy reina un miembro de su dinastía. Napoleón I gobernaba 160 000 000 de súbditos.

ción de un país se hace insignificante; sin producción suficiente el comercio es una pérdida continua e inevitable; la miseria pública viene enseguida a justificar la intervención de otras naciones más industriosas que dicen a la humanidad: “Nosotros haremos de este suelo abandonado un manantial de riqueza, y de este pueblo miserable una lección para moralizar a los otros”. Tal es la historia de las anexiones y conquistas más recientes.

¿Cuáles son las naciones más prósperas del mundo? Inglaterra y Francia, naciones manufactureras y mercantiles, y los Estados Unidos, pueblo agricultor, fabricante y mercantil que reúne casi en igual proporción los caracteres que distinguen la riqueza de cada una de esas naciones europeas. Y nótese que la agricultura ocupa el primer lugar en todas ellas, relativamente a su territorio y al número de sus habitantes.

¿Cuáles son las naciones más desgraciadas? Aquellas que, como la Grecia y una parte de Italia, sólo cuentan con los recursos insuficientes de un suelo mal explotado, viven en la miseria, cargan su erario con deudas cada vez más ruinosas, y al fin no pueden existir sino bajo la tutela de naciones industriosas, es decir, ricas y fuertes.

Y para no hablar sino de los países que nos son más conocidos, tomemos por ejemplo a México y las repúblicas del centro y del sur de América. No hay en el globo nación alguna cuyo suelo sea tan rico como el del primero, ni cuya posición geográfica exceda a la de la América central, ni cuyas comunicaciones naturales sean más extensas que las del territorio regado por el Orinoco, el Amazonas, el Uruguay, el Paraná y el Plata: comunicaciones que son las más vastas en la tierra, destinadas como están a servir de canales para la producción más considerable del mundo. Y, sin embargo, ¿qué sucede? Que a falta de una industria y de un comercio que las guerras civiles deprimen constantemente, México se pierde a pedazos en el seno de los Estados Unidos y que causas idénticas producirán idénticos resultados en las desordenadas repúblicas limítrofes.

Es ocioso atribuir al espíritu de raza y a otras circunstancias secundarias el origen de esos hechos que no son sino la consecuencia de una ley natural: ley que, por consiguiente, no distingue razas ni países. Donde quiera que el hombre, individual o colectivamente, descuida, entorpece y abandona su misión de aprovechar los bienes de la naturaleza para el bien suyo y de sus semejantes renuncia a su derecho sobre ella y conspira contra el bienestar del género humano. ¿Con qué justicia se quejará un pueblo de sufrir las consecuencias de su indolencia o de su corrupción si según la ley de todas las sociedades el individuo que abandona

su propiedad por cierto tiempo pierde todo derecho a ella, puesto que defrauda a la sociedad de sus beneficios?

Los Estados Unidos de la América del norte no son, sin duda, mejor dotados por la naturaleza que las repúblicas meridionales. ¿Qué impide, pues, a éstas ser a lo menos tan ricas y poderosas como aquéllos? ¿En qué consiste que al mismo tiempo que ellos tratan de potencia a potencia con los más formidables imperios nosotros no tenemos ni aun la importancia suficiente para hacernos respetar por el encargado de negocios de una nación europea o para evitar las desdeñosas amenazas de cualquier jefe de marina que manda dos o tres fragatas?

Para explicarse la causa de esta diferencia es necesario observar los rasgos principales de la república del Norte como nación; buscar cuáles son las leyes y las costumbres que han plantado el germen de su prosperidad y en qué condiciones de su vida política se encuentra encerrado el secreto de ese engrandecimiento sin ejemplo en la historia, que con tanta justicia nos asombra. Esto es lo que veremos a medida que se avance en las páginas de este libro.